

Saul Friedländer

El Tercer Reich y los judíos (1939-1945)

Los años del exterminio



Galaxia Gutenberg

Saul Friedländer

El Tercer Reich y los judíos

Los años del exterminio (1939-1945)

Traducción de
Ana Herrera

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *The Years of extermination:
Nazi Germany and the Jews: 1939-1945*
Traducción del inglés: Ana Herrera

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en este formato: noviembre 2015

© Saul Friedländer, 2007
© de la traducción: Ana Herrera, 2009
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: DL B-25669-2015
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-54-2 (Volumen II)
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-57-3 (Obra completa)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Yonatan

La lucha para salvarme es desesperada. [...] Pero no importa. Porque yo puedo llevar mi relato hasta el final y confiar en que vea la luz del día, cuando llegue el momento adecuado. [...] Y la gente sabrá lo que ha ocurrido. [...] Y preguntarán: ¿es ésta la verdad? Y yo contesto por anticipado: no, ésta no es la verdad, sino sólo una pequeña parte, una diminuta fracción de la verdad. [...] Ni la pluma más potente puede representar la verdad completa, real, esencial.

STEFAN ERNEST, «El gueto de Varsovia»,
escrito a escondidas en 1943
en el lado «ario» de Varsovia

ÍNDICE

Agradecimientos	13
Introducción	15

PRIMERA PARTE

Terror

Otoño de 1939-verano de 1941

1. Septiembre de 1939-mayo de 1940	35
2. Mayo de 1940-diciembre de 1940	113
3. Diciembre de 1940-junio de 1941	193

SEGUNDA PARTE

Asesinatos en masa

Verano de 1941-verano de 1942

4. Junio de 1941-septiembre de 1941	277
5. Septiembre de 1941-diciembre de 1941	357
6. Diciembre de 1941-julio de 1942	443

TERCERA PARTE

Shoah

Verano de 1942-primavera de 1945

7. Julio de 1942-marzo de 1943	529
8. Marzo de 1943-octubre de 1943	617

9. Octubre de 1943-marzo de 1944	705
10. Marzo de 1944-mayo de 1945	783
Notas	861
Bibliografía	1037
Índice onomástico y temático	1093

Agradecimientos

Esta obra se ha beneficiado enormemente de los fondos para investigación concedidos por la cátedra «1939 Club» de UCLA y en particular de una beca incomparablemente generosa de la Fundación John D. y Catherine T. MacArthur. Al «1939 Club» y a la Fundación MacArthur deseo expresarles mi más profunda gratitud.

En primer lugar, quiero mencionar con un recuerdo afectuoso a todos los amigos, ya desaparecidos, con quienes compartí muchas ideas sobre la historia que se trata aquí: Léon Poliakov, Uriel Tal, Amos Funkenstein y George Mosse.

El profesor Michael Wildt (del Hamburg Institut für Sozialforschung) tuvo la amabilidad de leer una versión casi acabada del manuscrito; agradezco muchísimo sus comentarios. Él atrajo mi atención hacia las investigaciones alemanas más recientes y sobre todo me ayudó a evitar algunos errores, como el doctor Dieter Pohl, del Instituto de Historia Contemporánea (Múnich) y el profesor Eberhard Jäckel (Universidad de Stuttgart). También doy las gracias a los profesores Omer Bartov (Universidad de Brown), Dan Diner (Universidad Hebrea de Jerusalén e Instituto Simon Dubnow de Leipzig) y Norbert Frei (Universidad de Jena) por haber comentado varias partes del texto.

A pesar de mis dudas recurrentes, muchos colegas me animaron a lo largo del tiempo para que completara este proyecto, en especial los profesores Yehuda Bauer, Dov Kulka y Steve Aschheim (todos ellos de la Universidad Hebrea de Jerusalén), el profesor Shulamit Volkov (Universidad de Tel Aviv), el profesor Philippe Burrin (director del Instituto de Estudios Internacionales de Posgrado en Ginebra) y la difunta doctora Sybil Milton, una erudita maravillosa y la más de-

sinteresada de las colegas, cuyo fallecimiento prematuro fue una pérdida muy dolorosa.

Por supuesto, como se suele decir, la responsabilidad por los errores (muchos, desde luego) que quedan en el texto es única y exclusivamente mía.

Durante todo este proyecto he recibido la ayuda de una sucesión de alumnos graduados. Les doy las gracias a todos en la persona de los ayudantes de investigación más recientes: Deborah Brown, Amir Kenan y Joshua Sternfeld.

Tanto Susan H. Llewellyn como David Koral de Harper-Collins han aplicado sus considerables talentos lingüísticos a la edición de este manuscrito. Les estoy muy agradecido y, por supuesto, doy infinitas gracias por la constante atención y el apoyo que me ha concedido mi editor, Hugh van Dusen. El editor adjunto, Rob Crawford, ha mostrado mucha más paciencia de la que requería su deber con mis frecuentes peticiones. Y a mis agentes y amigos Georges, Anne y Valerie Borchardt deseo expresarles de nuevo mi agradecimiento más profundo. Mis relaciones personales y profesionales con Georges y Anne se remontan a la publicación de mi primer libro en Estados Unidos (*Pío XII y el Tercer Reich*), en 1966.

Este trabajo debe mucho más de lo que puedo expresar al apoyo emocional e intelectual de Orna Kenan; ella comparte mi vida. El libro está dedicado a mi cuarto nieto recién nacido.

Introducción

David Moffie obtuvo su licenciatura en medicina en la Universidad de Amsterdam el 18 de septiembre de 1942. En una fotografía tomada en este acto, el profesor C. U. Ariens Kappers, tutor de Moffie, y el profesor H. T. Deelman están a la derecha del nuevo médico, y su ayudante D. Granaat a la izquierda. Otro miembro de la facultad, visto de espaldas, posiblemente el decano de la Facultad de Medicina, está justo detrás de un escritorio grande. En el fondo, bastante oscuro, las caras de algunas de las personas apiñadas en aquella sala bastante llena –sin duda miembros de la familia y amigos– apenas se distinguen. Los miembros de la facultad llevan sus vestiduras académicas, mientras que Moffie y Granaat visten esmoquin y corbata blanca. A la izquierda de su chaqueta, Moffie muestra una estrella judía de un palmo con la palabra *Jood* escrita en ella. Moffie fue el último estudiante judío de la Universidad de Amsterdam bajo la ocupación alemana¹.

Se pronunciaron, desde luego, todas las habituales expresiones de agradecimiento en tales rituales académicos. No sabemos si se añadió algún otro comentario. Poco después Moffie fue deportado a Auschwitz-Birkenau. Sobrevivió, como el 20% de los judíos holandeses. Según esta misma estadística, por tanto, la mayoría de los judíos presentes en aquella ceremonia no lo hicieron.

La foto suscita algunas cuestiones. Por ejemplo, cómo pudo tener lugar aquella ceremonia el 18 de septiembre de 1942, diez días después de que los estudiantes judíos hubiesen sido excluidos de las universidades holandesas. Los editores de *Photography and the Holocaust* encontraron la respuesta: el último día del curso académico 1941-1942 fue el viernes 18 de septiembre de 1942; el semestre de 1942-1943 empezó el lu-

nes 21 de septiembre. El lapso de tres días permitió a Moffie recibir su título antes de que la prohibición entrase en vigor².

En realidad, el lapso temporal se limitó a un fin de semana –del viernes 18 de septiembre al lunes 21 de septiembre–, cosa que significaba que las autoridades de la universidad accedieron a usar el calendario administrativo contra las intenciones del decreto alemán. Esta decisión señalaba una actitud muy extendida en las universidades holandesas desde el otoño de 1940; la foto documenta un acto de desafío, al límite de las leyes y los decretos de los ocupantes.

Pero hay más. En Holanda las deportaciones empezaron el 14 de julio de 1942. Casi a diario los alemanes y la policía local arrestaban a judíos en las calles de las ciudades holandesas para llegar a las cuotas semanales. Moffie no pudo haber asistido a su ceremonia pública académica sin haber recibido uno de los diecisiete mil certificados especiales –y temporales– de exención que los alemanes concedieron al Consejo Judío de la ciudad. Por tanto la foto, de manera indirecta, evoca la controversia que rodeaba a los métodos utilizados por los jefes del consejo para proteger, al menos durante un tiempo, a algunos de los judíos de Amsterdam, mientras abandonaban a la inmensa mayoría a su suerte.

En términos más generales, estamos presenciando una ceremonia bastante común, fácil de reconocer. En un entorno moderadamente festivo, un joven recibía confirmación oficial de que se le permitía practicar la medicina, cuidar a los enfermos, y en lo humanamente posible, usar esos conocimientos profesionales para restablecer la salud. Pero como sabemos, la palabra *Jood* escrita en la chaqueta de Moffie transmitía un significado muy distinto: como todos los miembros de su «raza» a lo largo de todo el continente, el nuevo médico estaba marcado para la muerte.

Apenas entrevista, la palabra *Jood* no está escrita en mayúsculas, ni con ninguna otra grafía habitual. Los caracteres fueron diseñados especialmente para ese objetivo particular (y escritos de forma similar en todas las lenguas de los países de deportación: *Jude*, *Juif*, *Jood*, etcétera) con una letra retorcida, repulsiva y vagamente amenazadora, destinada a evocar el alfabeto hebreo y aun así fácilmente descifrable. Y en esta

inscripción y en su particular diseño reaparece la situación representada en la fotografía en su quintaesencia: los alemanes estaban dispuestos a exterminar a los judíos como individuos, y a borrar lo que representaba la estrella y su inscripción: «el judío».

Aquí no percibimos más que un débil eco del furioso ataque destinado a eliminar cualquier rastro de «judaísmo», cualquier señal de «espíritu judío», cualquier resto de presencia judía –real o imaginaria– de la política, la sociedad, la cultura y la historia. Tanto en el Reich como a lo largo de toda la Europa ocupada, la campaña nazi desplegó hasta el final propaganda, educación, investigación, publicaciones, películas, exclusiones y tabúes en todos los terrenos sociales y culturales, de hecho aplicó todos los métodos existentes de anulación y erradicación, desde la reescritura de los textos religiosos o de los libretos operísticos teñidos de cualquier posible mácula de judaísmo hasta el cambio de nomenclatura de las calles que llevaban nombres de judíos, desde la prohibición de las obras musicales o literarias escritas por artistas o autores judíos hasta la destrucción de monumentos, desde la eliminación de la «ciencia judía» a la «limpieza» de bibliotecas, y, como predecía la famosa sentencia de Heinrich Heine, desde la quema de libros hasta la de seres humanos.

I

La «historia del Holocausto» no se puede limitar a un mero recuento de las políticas, decisiones y medidas alemanas que condujeron al más sistemático y sostenido de los genocidios, sino que debe incluir también las reacciones (y a veces las iniciativas) del mundo de su entorno, así como las actitudes de las víctimas, por el motivo fundamental de que los acontecimientos que llamamos Holocausto representan una totalidad definida por esa convergencia de distintos elementos.

Esta historia se ha escrito, comprensiblemente, en tanto que historia alemana en muchos casos. Los alemanes, sus colaboradores y sus auxiliares fueron los instigadores y agentes principales de las políticas de persecución y exterminio y, so-

bre todo, de su puesta en práctica. Además, los documentos alemanes que tratan de todas estas políticas y medidas resultaron ampliamente accesibles después de la derrota del Reich. Ese inmenso bagaje de material, apenas manejable incluso antes de que tuviéramos acceso a los archivos del antiguo bloque soviético y de Europa oriental, reforzó más aún, desde finales de los años ochenta, la dimensión alemana de esta historiografía. Y a ojos de la mayoría de los historiadores, la investigación concentrada en la faceta alemana de la historia aquí relatada parece más abierta a la conceptualización y a incursiones comparativas; en otras palabras, menos «provinciana» que lo que se pueda escribir desde el punto de vista de las víctimas o incluso del mundo que las rodeaba.

Este enfoque centrado en Alemania es legítimo, por supuesto, dentro de sus límites, pero la historia del Holocausto requiere, como hemos mencionado, un enfoque mucho más amplio. En la Europa ocupada la ejecución de las medidas alemanas dependía, en cada etapa, de la sumisión de las autoridades políticas, la ayuda de las fuerzas policiales locales o de otros auxiliares, y la pasividad o el apoyo de las poblaciones y, sobre todo, de las élites políticas y espirituales. También dependía de la disposición de las víctimas a acatar órdenes con la esperanza de paliar las restricciones alemanas o ganar tiempo, y de alguna manera escapar al progresivo aumento en la presión de la tenaza alemana. De modo que la historia del Holocausto debería ser tanto integradora como integrada.

Ningún marco conceptual puede abarcar los hilos diversos y convergentes de esta historia. Ni siquiera su dimensión alemana se puede interpretar desde un solo ángulo conceptual. Los historiadores se enfrentan a la interacción de muy diversos factores a largo y corto plazo que pueden ser definidos e interpretados; su convergencia, sin embargo, elude una categoría analítica global. A lo largo de las seis últimas décadas ha ido aflorando un sinnúmero de conceptos que pocos años después se han descartado, luego se han redescubierto y así sucesivamente, sobre todo en lo que respecta a las políticas nazis en

sí mismas. Los orígenes de la Solución Final se han atribuido a un «curso especial» (*Sonderweg*) de la historia alemana, a una característica especial del antisemitismo alemán, al pensamiento racial-biológico, a políticas burocráticas, al totalitarismo, el fascismo, la modernidad, a una «guerra civil europea» (vista desde la izquierda y la derecha), etcétera.

Revisar todos estos conceptos requeriría otro libro³. En esta introducción básicamente me limitaré a definir el camino que hemos seguido en esta obra. Sin embargo, en este momento es preciso plantear unas cuantas observaciones con respecto a dos tendencias contrarias en la historiografía del Tercer Reich en general y de la Solución Final en particular.

La primera tendencia considera que el exterminio de los judíos representa en sí mismo un objetivo fundamental de las políticas alemanas, cuyo estudio sin embargo requiere un nuevo enfoque: las actividades de actores de nivel medio, el análisis detallado de acontecimientos en determinadas zonas, las dinámicas específicas institucionales y burocráticas...; todo ello destinado a arrojar nueva luz sobre el funcionamiento de todo el sistema de exterminio⁴. Este enfoque ha supuesto un conocimiento y una comprensión mucho mejores por nuestra parte. He integrado muchos de estos hallazgos en mi investigación, orientada de una manera mucho más global.

La otra tendencia es distinta. A lo largo de los años, ha ayudado a descubrir muchas pistas nuevas. Pero con relación al estudio del Holocausto, cada una de esas pistas al final derivaba del mismo punto de partida: *la persecución y el exterminio de los judíos de Europa no fueron más que consecuencias secundarias de unas políticas alemanas de mayor alcance que perseguían unos objetivos totalmente distintos*. Entre éstos, los que se mencionan más a menudo son los siguientes: un nuevo equilibrio económico y demográfico en la Europa ocupada mediante el asesinato de las poblaciones sobrantes, la redistribución étnica y el exterminio para facilitar la colonización alemana del Este, y el saqueo sistemático de los judíos para facilitar la financiación de la guerra sin arrojar una carga material demasiado pesada sobre la sociedad alemana o, con mayor precisión, sobre el Estado nacional-racial de Hitler (*Hitlers Volkstaat*). A pesar de las perspectivas abiertas es-

porádicamente por dichos estudios, su impulso general es manifiestamente incompatible con los postulados centrales que subyacen en mi propia interpretación⁵.

En este volumen, igual que en *Los años de la persecución*, he decidido centrarme en el papel fundamental de los factores ideológico-culturales como principales impulsores de las políticas nazis referentes al tema judío, que por supuesto dependían de las circunstancias concretas, de las dinámicas institucionales y sobre todo, para el período que aquí tratamos, de la evolución de la guerra⁶.

La historia que exponemos en estas páginas es parte integrante de la «época de la ideología», y de una forma más precisa y decisiva, de su última fase: la crisis del liberalismo en la Europa continental. Entre las postrimerías del siglo XIX y el final de la Segunda Guerra Mundial, la sociedad liberal se vio atacada desde la izquierda por el socialismo revolucionario —que se convertiría en bolchevismo en Rusia y en comunismo en todo el mundo— y por una derecha revolucionaria que, después de la Primera Guerra Mundial, se convirtió en fascismo en Italia y en otros países, y en nazismo en Alemania. A lo largo de toda Europa los judíos se identificaron con el liberalismo y a menudo con la rama revolucionaria del socialismo. En este sentido, las ideologías antiliberal y antisocialista (o anticomunista), las de la derecha revolucionaria en todos sus aspectos, tenían como objetivo a los judíos en tanto representantes de una visión del mundo que ellas combatían, y a menudo los etiquetaban como instigadores y portadores de esa visión del mundo.

En la atmósfera de resentimiento nacional que siguió a la derrota de 1918 y posteriormente como resultado de los altibajos económicos que sacudieron el país —y el mundo—, esta idea fue adquiriendo un impulso propio en Alemania. Pero sin el obsesivo antisemitismo y el impacto personal de Adolf Hitler, primero en el marco de su movimiento y después en el ámbito nacional a partir de enero de 1933, el antisemitismo generalizado en Alemania durante aquellos años probablemente no se habría transformado en acciones políticas anti-judías, y desde luego tampoco en sus secuelas.

La crisis del liberalismo y la reacción contra el comunismo

como fuentes ideológicas del antisemitismo, llevadas al extremo en la escena alemana, se hicieron cada vez más virulentas en toda Europa, y el mensaje nazi fue cosechando una respuesta positiva entre muchos europeos y en una considerable falange de partidarios más allá de las costas del continente. Además, el antiliberalismo y el anticomunismo se correspondían con las posturas adoptadas por las principales iglesias cristianas, de ahí que el tradicional antisemitismo cristiano se fundiera fácilmente con él y reforzara los principios ideológicos de diversos regímenes autoritarios, de movimientos fascistas y en parte de algunos aspectos del nazismo.

Finalmente, esta crisis de la sociedad liberal y de sus apuntes ideológicos dejó a los judíos cada vez más débiles y aislados en un continente donde el progreso del liberalismo había permitido y fomentado su emancipación y movilidad social. Por tanto, el fondo ideológico que definimos aquí se convierte en el nexo indirecto entre los tres componentes principales de esta historia: la Alemania nacionalsocialista, el mundo europeo alrededor y las comunidades judías desperdigadas a lo largo de todo el continente. Sin embargo y a pesar de la evolución del país hacia lo que ya he aludido brevemente, estos elementos del contexto general no bastan de ningún modo para encarar el curso específico de los acontecimientos en Alemania.

II

Los aspectos peculiares del rumbo antijudío del nacionalsocialismo derivaron del específico antisemitismo de Hitler, del nexo existente, sobre todo a partir de mediados de los años treinta, entre el Führer y todos los estratos de la sociedad alemana, de la instrumentalización político-institucional del antisemitismo por parte del régimen nazi y, por supuesto, después de septiembre de 1939, de la evolución de la guerra. En *Los años de la persecución* he definido el odio antijudío de Hitler como «antisemitismo redentor»; en otras palabras, más allá del enfrentamiento ideológico inmediato con el liberalismo y el comunismo, a ojos del líder nazi visiones glo-

bales inventadas por los judíos para satisfacer sus intereses, Hitler percibía su misión como una especie de cruzada para redimir al mundo eliminando a los judíos. En su visión «el judío» era el principio del mal en la historia y la sociedad occidentales. Si contra él no se libraba una lucha victoriosa y redentora, el judío acabaría por dominar el mundo. Ese axioma global metahistórico condujo a Hitler a unos corolarios ideológicos y políticos mucho más específicos.

En el plano biológico, político y cultural, el judío se esforzaba en destruir las naciones propagando la contaminación racial, socavando las estructuras del Estado y, en general, encabezando los que habían sido azotes ideológicos de los siglos XIX y XX: el bolchevismo, la plutocracia, la democracia, el internacionalismo, el pacifismo y otros peligros diversos. Usando su vasto despliegue de medios y métodos, el judío se proponía desintegrar el núcleo vital de todas las naciones donde vivía, y particularmente del *Volk* alemán, para acceder así a la dominación del mundo. Desde la instauración del régimen nacionalsocialista en Alemania, el judío, consciente del peligro que el despertar del Reich representaba, estaba dispuesto a desencadenar una nueva guerra mundial para destruir ese reto y conseguir su objetivo final.

Estos distintos niveles de ideologías antijudías se pueden formular y resumir de manera más simple: *el judío era una amenaza letal y activa para todas las naciones, para la raza aria y para el Volk alemán*. El énfasis se halla no sólo en la palabra «letal», sino también, y sobre todo, en «activa». Mientras los demás grupos que se hallaban en el punto de mira del régimen nazi: enfermos mentales, «asociales» y homosexuales, grupos raciales «inferiores», incluyendo a gitanos y eslavos, eran en esencia amenazas *pasivas* —siempre que los eslavos, por ejemplo, no fuesen dirigidos por la comunidad hebrea—, los judíos eran el único grupo que, desde su aparición en la historia, conspiraba y maniobraba sin descanso para someter a toda la humanidad.

Este frenesí antijudío en la cúpula del sistema nazi no predicaba en el desierto. Desde el otoño de 1941 Hitler a menudo designó al judío como «incendiario del mundo». De hecho, las llamas que el líder nazi prendió y aventó ardieron de una

forma tan amplia e intensa porque, a lo largo de toda Europa y aun más allá, por motivos ya mencionados, se extendía un denso sotobosque de elementos ideológicos y culturales dispuesto para que prendiesen las llamas. Sin el incendiario, no habría empezado el fuego; sin la maleza espesa, éste no se habría extendido hasta destruir un mundo entero. Es esta constante interacción entre Hitler y el sistema dentro del cual peroraba y actuaba lo que, como en *Los años de la persecución*, analizaremos e interpretaremos en este volumen. En este caso, sin embargo, el sistema no se limita a sus componentes alemanes, sino que penetra en todos los huecos y ranuras del espacio europeo.

Para el régimen nazi, la cruzada antijudía ofrecía también ciertos beneficios pragmáticos en el plano político-institucional. *Para un régimen dependiente de una movilización constante, el judío servía como un persistente mito movilizador.* El impulso antijudío se hizo más extremo al mismo tiempo que los objetivos del régimen se radicalizaban y se extendía la guerra. En este contexto podremos situar la emergencia de la Solución Final. Como veremos, el mismo Hitler moduló la campaña contra los judíos conforme a unos determinados objetivos tácticos, pero una vez empezó a insinuarse la derrota, el judío se convirtió en el núcleo de la propaganda del régimen nazi para sostener al *Volk* en lo que pronto pareció una lucha desesperada.

Como resultado de la función movilizadora del judío, en Alemania la conducta de muchos soldados, policías o civiles corrientes hacia los judíos que se encontraban, y a los que maltrataban e incluso asesinaban, no era necesariamente el resultado de una pasión antijudía alemana profundamente arraigada e históricamente excepcional, como ha argumentado Daniel Jonah Goldhagen⁷; tampoco fue en su mayor parte el resultado de una amplia gama de refuerzos, restricciones y procesos dinámicos grupales que eran comunes desde el punto de vista socio-psicológico, pero independientes de las motivaciones ideológicas, como ha sugerido Christopher R. Browning⁸.

El sistema nazi como conjunto produjo una «cultura antijudía», en parte enraizada en el antisemitismo cristiano alemán y europeo, pero también alimentada por todos los medios a la disposición del régimen e impulsada hasta un grado de incandescencia único, con un impacto directo sobre la conducta colectiva e individual. Los «alemanes corrientes» debían de ser vagamente conscientes del proceso o, más probablemente, habían internalizado las imágenes y creencias antijudías sin reconocerlas como una ideología exacerbada de forma sistemática por la propaganda estatal y mediante todos los medios que tenía a su disposición.

Mientras la función esencial de movilización del judío era manipulada por el régimen nazi y sus organismos, una segunda función, no menos crucial, se impulsaba de una manera mucho más intuitiva. El liderazgo de Hitler se ha definido a menudo como «carismático», basado en ese papel cuasi providencial atribuido a los líderes con carisma por las poblaciones que los siguen. En los capítulos subsiguientes volveremos al nexo existente entre el líder nazi, el partido y el *Volk*. Baste mencionar aquí que el dominio ejercido por Hitler sobre la inmensa mayoría de los alemanes procedía, en lo que respecta al contenido de su mensaje, de tres creencias redentoras distintas y suprahistóricas: la pureza absoluta de la comunidad racial, el aplastamiento absoluto del bolchevismo y la plutocracia, y la redención milenaria y absoluta, inspirada en los principios cristianos, bien conocidos por todos. En cada una de esas tradiciones el judío representaba la maldad intrínseca. En ese sentido, la lucha de Hitler lo convertía en un líder providencial, ya que en los tres frentes luchaba contra el mismo enemigo metahistórico: el judío.

Dentro del contexto alemán y del europeo –dominado por Alemania– las luchas institucionales por el poder, las peleas constantes por los botines y el impacto de los intereses creados y profundamente arraigados en la sociedad mediatizaban el fervor ideológico. Los dos primeros elementos se han descrito e interpretado con bastante frecuencia en numerosos estudios, y quedarán integrados del todo en los próximos capí-

tulos. Sin embargo el tercero, que se menciona con menos frecuencia, me parece un aspecto esencial de esta historia.

A la hora de poner en práctica cualquier política en una sociedad altamente desarrollada como la alemana, y al menos en parte de la Europa ocupada, la autoridad del propio Hitler y de los líderes del partido debía tener en cuenta las exigencias de los enormes intereses creados, tanto los de los feudos del partido como los de la industria, las iglesias, el campesinado, los pequeños negocios y similares. En otras palabras, los imperativos de la ideología antijudía debían estar en sintonía con los de una multitud de obstáculos estructurales, derivados de la naturaleza y la dinámica que caracterizan a las sociedades modernas.

Nadie puede discutir un aspecto tan obvio, que cobra su auténtico significado por un hecho esencial: ningún grupo social, ninguna comunidad religiosa, ninguna institución escolar o asociación profesional de Alemania o del resto de Europa declaró su solidaridad con los judíos —algunas iglesias cristianas declaraban que los judíos conversos formaban parte del rebaño, hasta cierto punto—; por el contrario, muchas organizaciones sociales y grupos de poder se vieron directamente implicados en la expropiación de los judíos, y se mostraron ansiosos, aunque sólo fuera por codicia, de su desaparición sistemática. De ese modo, *las políticas nazis y antijudías relacionadas con ellas pudieron desplegar sus niveles más extremos sin que ningún interés compensatorio importante interfiriera.*

III

El 27 de junio de 1945 Lise Meitner, química judía austríaca de fama mundial que en 1939 había emigrado de Alemania a Suecia, escribió a su antiguo colega y amigo Otto Hahn, quien continuaba trabajando en el Reich. Después de mencionar que él y la comunidad científica de Alemania tenían que saber hasta qué punto se había enconado la persecución de los judíos, Meitner continuaba diciendo:

Todos vosotros trabajasteis para la Alemania nazi y nunca intentasteis siquiera la resistencia pasiva. Desde luego, para aliviar vuestra conciencia, de vez en cuando ayudabais a alguna persona que necesitaba asistencia, pero permitisteis el asesinato de millones de personas inocentes, y no hicisteis oír ni una sola protesta⁹.

El *cri de coeur* de Meitner, que a través de Hahn se dirigía a los más prominentes científicos de Alemania, ninguno de ellos miembro activo del partido, ninguno de ellos implicado en actividades criminales, podría haberse aplicado también a toda la élite intelectual y espiritual del Reich –con algunas excepciones, por supuesto– y a amplios sectores de las élites en la Europa ocupada o satélite. Y lo que se aplicaba a las élites se podía aplicar con mayor facilidad –de nuevo, con excepciones– a la propia población. En este terreno, como ya hemos mencionado, el sistema nazi y el contexto europeo estaban estrechamente relacionados.

Al examinar las actitudes y reacciones de los observadores, las respuestas a algunas cuestiones fundamentales siguen sin estar claras debido a la misma naturaleza de esas preguntas o bien a la falta de documentos esenciales. La percepción de los acontecimientos por parte de las diversas poblaciones de observadores, por ejemplo, sigue siendo elusiva. Sin embargo, una enorme cantidad de material documental mostrará que mientras en Europa occidental, en Escandinavia y en los Balcanes la percepción del destino de los judíos deportados quizá no estuviese clara hasta finales de 1943 o incluso principios de 1944, no era el caso de la misma Alemania, y por supuesto tampoco de Europa del Este. Sin adelantarnos a las interpretaciones posteriores, hay pocas dudas de que a finales de 1942 o principios de 1943 como muy tarde estaba muy claro para gran número de alemanes, polacos, bielorrusos, ucranianos y bálticos que los judíos estaban destinados al exterminio total.

Más difícil de comprender resulta la segunda parte de tal dato. A medida que la guerra, la persecución y las deportaciones se dirigían hacia su fase final, y el conocimiento del exterminio se extendía más ampliamente si cabe, el antisemi-

tismo iba también fortaleciéndose en todo el continente. Los contemporáneos observaron esa tendencia paradójica, cuya interpretación se convertirá en un tema importante de la tercera parte de este volumen.

A pesar de todos los problemas de interpretación que conllevan, las actitudes y reacciones de los observadores están ampliamente documentadas. Los informes confidenciales del SD (investigaciones del Servicio de Seguridad, o Sicherheitsdienst, de las SS acerca del estado de la opinión pública en el Reich) y de otros organismos del Estado o del partido ofrecen un retrato del todo fiable de las actitudes alemanas. Los diarios de Goebbels, una de las fuentes más importantes en lo que a la constante obsesión de Hitler hacia los judíos respecta, abordan también sistemáticamente las reacciones alemanas al tema judío vistas desde la cúpula del régimen nazi, mientras que las cartas de los soldados dan ejemplo de las actitudes expresadas en la parte, por así decir, más baja. En la mayoría de los países ocupados o satélites, los informes de los diplomáticos alemanes ofrecían encuestas regulares sobre la opinión de la población, por ejemplo, de las deportaciones, al igual que las fuentes oficiales de las administraciones locales, como los *rappports des préfets* en Francia. Las reacciones individuales de los observadores, también anotadas por algunos judíos en sus diarios, formarán parte del retrato general, mientras que el seguimiento durante un período largo de los diarios de algunos locales, como es el caso del físico polaco Zygmunt Klukowski, ofrecerá un retrato muy vívido de las opiniones de éstos sobre la cambiante escena general.

Entre las cuestiones relativas a los observadores que se nos siguen escapando como consecuencia de la falta de disponibilidad de documentos esenciales, la actitud del Vaticano y, más específicamente, la del papa Pío XII, sigue hasta el día de hoy en lo más alto de la lista. Aunque disponemos de una vasta literatura secundaria y de nuevos documentos, los historiadores no hemos conseguido acceder a los archivos del Vaticano, lo que representa una limitación fundamental. Abordaré la actitud del Papa con todo el detalle que la documentación disponible permite, pero lo cierto es que los his-

toridores nos enfrentamos a un obstáculo que, si bien podría haberse eliminado, aún existe.

En su propio marco, separada de la historia detallada de las políticas y medidas alemanas o del relato de las actitudes y reacciones de los observadores, la historia de las víctimas se ha registrado minuciosamente, primero durante los años de la guerra y luego, por supuesto, desde su final. Aunque incluía estudios sobre las políticas de dominio y de asesinato, lo hacía sólo de una forma muy superficial. Desde el principio se ponía énfasis en la recogida exhaustiva de rastros documentales y testimonios que reflejaran la vida y la muerte de los judíos: las actitudes y estrategias de los líderes judíos, el esclavizamiento y la aniquilación de los trabajadores judíos, las actividades de diversos partidos y movimientos políticos juveniles pertenecientes a la comunidad judía, la vida diaria en los guetos, las deportaciones, la resistencia armada y la muerte masiva en cualquiera de los centenares de centros de exterminio extendidos por toda la Europa ocupada. Aunque nada más acabar la guerra, junto con la recogida de rastros empezaron los debates contenciosos y las interpretaciones sistemáticas, una parte integral de esta historiografía, la historia de los judíos, ha seguido siendo un mundo reservado, dominado sobre todo por los historiadores judíos. Por supuesto, la historia de los judíos durante el Holocausto no puede ser la historia del Holocausto; pero sin ella la historia general de estos hechos no puede escribirse¹⁰.

En su controvertido *Eichmann en Jerusalén*, Hannah Arendt cargó decididamente parte de la responsabilidad del exterminio de los judíos de Europa en los grupos de líderes judíos: los Consejos Judíos, o *Judenräte*¹¹. Esta tesis, no corroborada en términos generales, convertía a los judíos en colaboradores de su propia destrucción. De hecho, cualquier influencia que pudieran tener las víctimas en el curso de su propia victimización era marginal, pero sí es cierto que éstas, en ciertos contextos nacionales y para bien o para mal, intervinieron. En algunos casos la influencia –positiva o negativa– de los líderes judíos, si bien fue limitada, no resultó total-

mente insignificante en el curso de las decisiones tomadas por las autoridades nacionales. Esto fue evidente, como veremos, en Vichy, en Budapest, Bucarest y Sofía; posiblemente en Bratislava, y por supuesto en las relaciones entre los representantes judíos y los Aliados o los gobiernos neutrales. Además, de forma particularmente trágica, la resistencia armada judía –formada a veces por grupos de resistencia comunista judía, como el pequeño grupo Baum en Berlín–, ya fuera en Varsovia, en Treblinka o luego en Sobibor, pudo haber incitado al exterminio acelerado de la restante fuerza de trabajo esclava judía, al menos hasta mediados de 1944, a pesar de la aguda necesidad de trabajadores por parte de un Reich cada vez más asediado.

En términos de su significado histórico, la interacción entre los judíos de la Europa ocupada y satélite, los alemanes y las poblaciones que les rodeaban tuvo lugar en un plano más importante. Desde el momento en que se inició la política de exterminio, cualquier paso dado por los judíos para obstaculizar los esfuerzos de los nazis por erradicarlos a todos y cada uno de ellos suponía un contragolpe directo, aunque fuese en la escala más diminuta e individual. Sobornar a funcionarios, policías o denunciantes, pagar a familias para que escondiesen a niños o adultos, huir a los bosques o las montañas, desaparecer en pequeños pueblos, convertirse al catolicismo, unirse a movimientos de resistencia, robar comida...; cualquier cosa que se les ocurriese y que permitiera sobrevivir significaba poner un obstáculo en el camino del objetivo alemán. En este micronivel tuvo lugar la interacción más básica con las fuerzas que intervenían en la puesta en práctica de la Solución Final; en este micronivel debe ser sobre todo estudiada. Y en este micronivel abundan los documentos.

La historia de la aniquilación de los judíos europeos a nivel individual se puede reconstruir desde la perspectiva de las víctimas no sólo a partir de testimonios posteriores a la guerra –declaraciones ante los tribunales, entrevistas y memorias– sino también gracias al número inusualmente elevado de diarios y cartas escritos durante aquella época y recuperados a lo largo de las décadas siguientes. Estos diarios y cartas fueron escritos por judíos de todos los países europeos, de to-

das las condiciones sociales, de todos los grupos de edad, ya vivieran directamente bajo dominación germana o dentro de la esfera más amplia de influencia. Por supuesto, hay que manejar los diarios con la misma atención crítica que cualquier otro documento, atendiendo especialmente a si fueron publicados después de la guerra por el propio autor o por miembros supervivientes de la familia. Sin embargo, como fuente historiográfica sobre la vida de los judíos durante los años de persecución y exterminio, siguen siendo testimonios cruciales e inestimables¹².

Es difícil saber si durante las etapas iniciales de la guerra la mayoría de los judíos que llevaban un diario empezaron –o siguieron– escribiendo con el fin de guardar un registro de los acontecimientos para la historia futura; pero lo cierto es que a medida que la persecución se hacía más intensa, la mayoría de ellos tomaron conciencia de ser no sólo intérpretes y comentaristas de su destino personal, sino cronistas y memorialistas de su época. Pronto cientos o probablemente miles de testigos confiaron sus observaciones al secreto de sus escritos privados. Los acontecimientos fundamentales y gran parte de los incidentes, actitudes y reacciones del día a día ante el mundo que les rodeaba –y que recogían en sus diarios– se fundían en un cuadro cada vez más amplio, aunque en ocasiones resultara contradictorio. Nos ofrecen una visión de las actitudes asumidas por los niveles políticos más elevados –por ejemplo, en la Francia de Vichy y en Rumanía–; describen con gran detalle las iniciativas y la brutalidad diaria de los perpetradores, las reacciones de la población y la vida y la destrucción de sus propias comunidades, pero también registran su propio mundo de cada día: junto con intensas manifestaciones de esperanza e ilusión afloran los rumores más absurdos, y las interpretaciones más fantásticas de los hechos se consideran posibles, al menos durante un tiempo. Para muchos, los acontecimientos catastróficos se convirtieron en una prueba de sus anteriores creencias, de la profundidad y significado de sus compromisos religiosos, de los valores que guiaban sus vidas.

Más allá de su importancia histórica general, tales crónicas personales ejercen a modo de relámpagos que iluminan

partes de un paisaje: confirman intuiciones, nos advierten en contra de la facilidad de las generalizaciones vagas. A veces se limitan a repetir lo ya sabido con inigualable contundencia. En palabras de Walter Laqueur: «Hay situaciones tan extremas que se requiere un esfuerzo extraordinario para captar su enormidad, a menos que diera la casualidad de que uno estuviera presente»¹³.

Hasta ahora hemos percibido la voz individual sobre todo como un resto, una huella dejada por los judíos que nos sirve para dar testimonio, confirmar e ilustrar su destino. En los capítulos siguientes las voces de los diaristas asumirán, sin embargo, también un papel importante. Por su misma naturaleza, por la fuerza de su humanidad y su libertad, una voz individual que surge de pronto en el curso de una narración histórica ordinaria de acontecimientos como los aquí presentados puede desgarrar la interpretación de una sola pieza y hacer añicos la suficiencia –involuntaria en gran medida– del desapego y la «objetividad» eruditas. Tal función disruptiva no sería apenas necesaria en la historia del precio del trigo justo antes de la Revolución francesa, pero resulta esencial para la representación histórica del exterminio masivo y otras secuencias del sufrimiento de las masas que «ciencias como la historiografía habitual» necesariamente «achatan»¹⁴.

Cada uno de nosotros percibe el impacto de la voz individual de una manera distinta, y cada persona vive de modo distinto el reto de los inesperados «gritos y susurros» que una y otra vez nos obligan a detenernos en nuestro camino. Pueden bastar algunas reflexiones sobre acontecimientos bien conocidos, ya sea por su potente elocuencia o por su torpeza e impotencia. Suele ocurrir que la inmediatez del grito de terror, o de desesperación, o de infundada esperanza de un testigo desata nuestra propia reacción emocional y sacude nuestra anterior representación de esos acontecimientos históricos extremos.

Volvamos a la foto de Moffie, con la estrella cosida a la chaqueta con su repulsiva inscripción, y a su significado: el nuevo doctor, como todos los que llevaban aquel signo, iba a ser borrado de la faz de la Tierra. Una vez se comprende ese augurio, la fotografía desata nuestra incredulidad. Tal incredulidad es una reacción casi visceral, que ocurre antes de que el conocimiento acuda a sofocarla. «Incredulidad» aquí significa algo que surge de lo más profundo de la percepción inmediata que uno tiene del mundo, de lo que es normal y de lo que es «increíble». El objetivo del conocimiento histórico es domesticar la incredulidad, encontrar una explicación convincente. En este libro deseo ofrecer un estudio histórico completo del exterminio de los judíos de Europa sin eliminar ni domesticar esa sensación inicial de incredulidad.